

Ernesto Langer M.



Ernesto Langer Moreno

ENTRELETRAS



2010

Derechos reservados 2010
© Langer Moreno Ernesto
Octubre de 2010
Club de escritores.cl
elanger@escritores.cl
Impreso en Chile / Printed in Chile

Escribir es un vicio. ¿Por qué un hombre, o una mujer, cae en el vicio de escribir? ¿Qué tiene el oficio que atrae, como la luz a la polilla?

CAPITULO 1

Esta es una historia que, como todas las historias desconocidas, se sabe donde comienza y no donde termina. Es la historia de un tipo común con muchos sueños frustrados, que le pesan como una mochila. Sin embargo, no todo está perdido, algo nuevo puede llegar a suceder de pronto en su vida y cambiar su destino.

Va a cumplir cuarenta años y todavía hay días en que se siente desorientado, como un adolescente. El mismo ha llegado a pensar que sufre de síndrome bipolar pues hay días en que arrastra los pies, totalmente decaído, y otros en los que se siente eufórico, capaz de conquistar el mundo.

Se llama Santiago y cuando joven se graduó de ingeniero, una profesión que no ejerce

porque un impulso profundo e inexplicable le pide, le exige, ser un escritor. Un escritor que guarda la secreta esperanza de escribir un día algo que valga la pena y alcanzar el éxito.

Y en eso se le va la vida. No hace más que escribir, pero poco.

En realidad es más el querer que el hacer, porque no es un escritor prolífico y él lo sabe, lo siente, lo sufre. A veces cuando puede, escribe; y aquello lo hace soñar, soñar en ser alguien, cumplir con las expectativas que él mismo se ha impuesto.

Ahora está allí, intentándolo una vez más; está allí frente a la hoja en blanco, con angustia, desesperado como siempre, esperando un milagro que no llega.

Esto, claro, le parece imbécil, absurdo, disparatado, pero ¿qué otra cosa puede hacer un personaje como él en una situación similar?

En todo caso tiene opciones. Puede terminar con su vida; puede desertar; o también seguir soñando que en un futuro no muy lejano va a lograrlo, y así continuar ante la hoja en blanco garabateando historias que no concluyen. Puede recomenzar soñando con la gloria, con el reconocimiento de sus pares y del mundo. Soñar con que sus libros están en librerías y son leídos por todos, traducidos, vendidos, premiados, aplaudidos.

Así que allí está y, de nuevo: nada. El milagro se resiste.

De pronto suena el timbre que, como una campana en un ring, lo libera, detiene el rudo combate que libra en su interior. Otro personaje de la historia aparece y alivia por el momento la terrible tensión de su espíritu.

Pero todo está hecho un asco, estás hecho un asco, dice ella, Marcela, su ex.

Marcela lo visita periódicamente, lo ordena, lo cuida, le regala chocolates y cigarrillos para que se calme e intenta darle aliento para ayudarlo a inspirarse.

En realidad sigue siendo su mujer. La separación, de hecho, se hizo inevitable cuando él comenzó a vivir en un mundo de fantasía que ella no soportó. Es difícil convivir con quien piensa únicamente en escribir y se evade de la realidad para construir insólitos mundos de ficción. Pero lo sigue amando y, de cierto modo, comprendiendo. Los grandes hombres necesitan, me-

recen una gran mujer, se dice ella, y abriga tanto como él la esperanza de un futuro mejor.

Así que no lo dejó, ni dejará solo nunca, abandonado a su suerte. Lo visita al menos dos veces por semana, le asea la pocilga donde vive, le cocina y hacen el amor. Lo obliga a ducharse, cambiarse de ropa; le recuerda también que tienen una hija y escucha, a veces, fragmentos de sus fallidos intentos, de sus historias inconclusas.

El cuenta con ella, es su paño de lágrimas, quien logra a veces volverlo a la realidad, paga sus cuentas, se preocupa por sus asuntos y sobre todo cree también, todavía, en el mismo milagro.

- Hoy tampoco he podido escribir ni una sola línea, le dijo, estoy hasta la pelotuda mierda con toda esta huevada.

- Ya vendrá, no te impacientes, respondió ella.

El la cogió por la cintura, pero ella se apartó.

- Espera, arreglemos primero esta pocilga, dijo.

Mientras ella recoge los calcetines, los calzoncillos desparramados y estira la cama, San-

tiago se sienta a liar un pitillo, a pensar en lo mucho que ama a esa mujer.

Entretanto, el olor a marihuana inunda el pequeño departamento de Vicuña Mackenna con calle Marín y ella abre la ventana para ventilar.

- ¿Quieres?, pregunta él
- Sabes que no fumo, dice ella.

Tengo que escribir esta historia, se dice Santiago. Pero tiene miedo, porque siempre en todos los inicios se dice lo mismo. No hay garantía.

Marcela le ha dejado todo reluciente y han hecho el amor hasta cansarse.

No se lo ha dicho pero, a veces, como ahora, piensa que lo mejor sería abandonar toda esa locura y dedicarse a una vida diferente, libre de esa compulsión e imposibilidad de escribir que lo hace adelgazar y casi no le permite dormir por las noches.

Porque hace tiempo piensa que la única historia capaz de escribir es la de su fracaso en la escritura. Pareciera que su destino fuera sufrir

esa mediocridad en que viven, o desesperan, sus letras; ese amargo oficio que escogió sin siquiera darse cuenta.

¿De qué vale lamentarse? No puede tampoco renunciar porque, qué sería de su vida -piensa- respirando sin más razón que el respirar. Siente que está atrapado en ese oficio equivocado, jodido y sin esperanza.

El fracaso le pesa. Quiere desertar, admitir de una vez por todas, que verdaderamente no tiene dedos para el piano. Abandonar esa amante cruel y déspota que es la literatura, volver con su mujer y su hija.

Pero sabe que eso no es más que un sueño, que no durará sino un tiempo y, después, tarde o temprano, volverá a caer en lo mismo.

Aunque no cree en el destino, hay algo que lo ata a ese afán de perseguir personajes que lo rehuyen.

Karma o fatalidad, da lo mismo. Algo lo llama desde un oscuro origen, no lo suelta, lo somete. Es algo que quiere dejar de lado desesperadamente y no puede; que lo sigue como una maldición; una prisión de la cual quisiera liberarse o un mal sueño del que ansía despertar.

Si Marcela se enterara no lo podría creer, quedaría confundida, porque es tanto lo que ha bregado por éste -no sabe cómo decir- insólito oficio, que piensa con esto perdería a sus ojos

toda credibilidad y, tal vez, dejaría de amarlo. Lo peor: sería nadie.

La historia sigue sin aparecer, alargando las horas, el drama que se ha clavado en su carne y atravesado sus huesos.

Ignora hasta dónde tendrá que seguir el juego, continuar escribiendo una historia que no toma forma y mucho menos encuentra un final.

Ha pensado en quitarse la vida, terminar de una vez. Ese sería un final posible. Aunque un poco cobarde y egoísta. Marcela no se lo perdonaría nunca y siente que no puede hacerle algo así.

Entonces enciende otro pitillo para intentar aplacar su imposibilidad de concluir y espantar sus fantasmas, o para cambiarlos por algunos más benignos, más light.

Esta mañana Santiago amaneció más optimista. Se siente con fuerzas para afrontar lo que percibe como un nuevo desafío. Quiere salir de su burbuja a buscar nuevas posibilidades, en realidad cualquier cosa que le ayude a mover su punto de encaje, la forma en que está viendo las cosas. Y para eso tiene que salir, enfrentar la ciudad, ver a otras personas del mundo real.

Abandonar su pequeño departamento, encontrarse con la gente, el tráfico, los letreros, lo ayudan a darse cuenta que se está convirtiendo en un ermitaño y a preguntarse si eso vale la pena, porque intuye que ninguna historia ficticia

puede suplantar la de su propia vida, o no debería.

La noche anterior escribió hasta las cuatro de la mañana una historia que de pronto, de un momento a otro, cayó en desgracia, se bloqueó, dejó de fluir; el personaje principal no quiso continuar, desapareciendo de su visión y su escritura, sin explicación.

A pesar de sus esfuerzos le fue imposible hacerlo revivir y tuvo que resignarse, de nuevo, al fracaso. Esto le ha sucedido innumerables veces y no quiere que se vuelva a repetir.

Está consciente de su crisis de identidad, que debe hacer algo para enmendar el rumbo. Sabe que no es algo fácil a sus años, cuando ya se está casi entrando en la recta final. Pero no está dispuesto a seguir como ahora, enredado en sí mismo, perdiéndose sin saber lo que realmente quiere y debe hacer. Necesita un remesón, un milagro para hacer algo mucho más grande que escribir una historia cualquiera; su propia historia, la que él siente está a punto de naufragar.

Piensa en llamar a Marcela. Ella tendrá seguramente algunas ideas. Siempre las tiene. Pero después piensa en que mejor no. Aquello que tiene que hacer debe hacerlo solo.

Ya habrá tiempo para comunicárselo y compartir. Si todo sale bien es seguro que ella se pondrá feliz.

En estos casos extremos, casi siempre, lo mejor es intentar volver al pasado, al origen. Tal vez empezando de nuevo, desde el principio, el curso de los acontecimientos cambie. Y hay que hacer el esfuerzo, intentarlo todo.

Por aquel entonces, hace años, no tenía miedos, ni enfermedades, ni deudas, era un joven bien parecido, inteligente y con muchos amigos. Todavía ni siquiera imaginaba su futura adicción por la escritura. No leía e incluso odiaba cualquier sujeto que le hiciera pensar un poco más de lo usual, o sea poco; lo justo para pasarlo bien, para disfrutar de las cosas simples de la vida. No poseía un sólo libro ¿para qué? si

en su mundo tenía todo lo que necesitaba, no requería de ilusiones prestadas ni mundos ficticios. Era libre, o creía serlo. ¿Qué más? Como si alguna otra cosa importara a su edad. Pronto cumpliría sus dieciocho años y tendría al mundo en sus manos.

Pero entonces sucedió que llegó el amor con sus locuras y el universo comenzó a llenarse de versos. La escritura fluyó como un torrente desde lo más íntimo de su ser, se sintió poeta, cantándole a su amada, asombrado él el primero por aquella facilidad para hilar collares de palabras, palabras bonitas y sonoras que sirvieron para conquistar los corazones de aquellas mujeres que después lo rechazaron, y por las cuales llegó a cortarse las venas, en angustiosas noches de desamor, sin consuelo.

Todo esto lo acercó a la lectura, a aquellos hábitos antes menospreciados, que le permitieron desde entonces entrar y salir de otros mundos; de los cuales comenzó a nutrir su vida.

Se hizo poeta como quien se hace nube o limonero y olvidó cualquier otra imagen que tuviera de sí mismo. Subió al Olimpo, cantó con los dioses, como si fuera uno de ellos. Y sus versos gustaron, lograron remover los espíritus. Quienes lo aplaudían lo motivaron a continuar en ese mundo de palabras, a no soltarlas, a habituarse a ellas, acomodarlas, quererlas.

Ahora se está preguntando cómo pudo sucederle aquello que al presente percibe como la caída en un profundo sueño, un sueño que lo redujo todo a la escritura y lo tiene parado de nuevo en medio de la nada.

Sus primeras penas fueron de amor. Mientras los versos de Neruda arrebataban su imaginación, él escribía versos románticos, poderosos dardos capaces de derretir al corazón más gélido.

De pronto no había tiempo sino para enredarse en las palabras, para correr detrás de ellas y hacerlas crecer en sus cuadernos que comenzaban a juntarse, repletos con las correrías de su corazón y del amor que destilaba. Un fuego en que ya ardía sin darse cuenta, poseído por la magia, por el sonido y el color de las palabras.

Luego entró a la universidad; tuvo que hacer esfuerzos para conciliar ambos mundos, el de los estudios y el de su poesía, la suya, aquella que llevaba su sello, el fruto de sus experiencias personales. Fueron cinco años de dura lucha interior entre los números y las palabras.

Al final ganaron los números, la batalla, pero no la guerra.

Se graduó de ingeniero, obtuvo su título y lo guardó en el cajón de una cómoda. No quiso

ejerger como ingeniero, el oficio de poeta ya lo era todo a esas alturas de la existencia; no había lugar para nada más en su vida.

Esto último lo estremece. Siente en todo el cuerpo una creciente picazón, de nervios. Se detiene por un momento, se rasca, luego sigue caminando, recordando en búsqueda de exorcismo y sanación. Lleva unas diez cuadras ensimismado en sus recuerdos.

Ahora le toca el turno a Marcela. Ojos verdes, trigüeña, delgada, graciosa, sencilla. Ella vino a su vida y se quedó para siempre. Cerca o lejos, no importa. Sabe que algo indestructible los une. Comenzó siendo la musa de sus versos y así ha continuado. Tanto, que le parece no tendría corazón para otra. Crecieron juntos. Se conocen. Se aman. Si no fuera por ella, piensa, qué sería de su vida.

Primero vivieron con la familia, en una casa enorme, cuando eran jóvenes soñadores.

El escribía versos para ella, mientras permanecía obligado en oficinas donde no duraba mucho, donde sus sueños de escritor terminaban derribándolo todo; entrando y saliendo de trabajos con los que se ganaba la vida, pero en los que desperdiciaba su existencia.

Ella, enamorada, aguantaba todo y seguía dertiéndose con sus versos. Eran felices.

Lo son, todavía, a su manera.

Con los años nació Celeste, su única hija. Una criatura de piel suave y lozana, ojos claros y despiertos, irresistible, imprescindible, quien revolucionaría las cosas. Un personaje principal en el drama de sus vidas que movería las piezas, transformándolo todo.

Lo primero que intentó fue escribirle poemas, inventar versos infantiles. En algún lugar los guarda todavía, arrumbados junto con otros tantos escritos que forman parte de sus tesoros más valiosos.

Y Celeste le exigió lo que antes nadie ni nada pudo exigirle: trabajar para ganarse el sustento. Trabajar, olvidarse por un momento de los versos para mantener a su familia, que con ella ahora eran tres.

Marcela también comenzó a exigirle y dejó de mostrar el mismo interés por sus versos. Se

puso más pragmática. La vida comenzó a ponerse dura, tuvo que aceptar obligaciones.

Resistió algunos años. Los que pudo para mantener a raya su imperioso deseo de escribir, a lo que se negaba terminantemente, temeroso de despertar la bestia y verla arrasar con todo a su paso.

Intentó con esfuerzo convertirse en un buen trabajador, sumiso, responsable, activo, despierto, inteligente, ambicioso; trató de cumplir con las reglas y las metas con tal de recibir un cheque a fin de mes. Se sometió al calvario, podría decirse, mientras su verdadero ser desesperaba, planeando en secreto, una inminente rebelión.

Fueron años aciagos, terribles, inclementes. Años en que debió soportar los caprichos y órdenes de jefes ambiciosos, demasiado susceptibles, maricones sonrientes con un cuchillo escondido a sus espaldas, listo para clavarlo en caso de sentirse amenazados; años en que debió acatar y poner en práctica políticas de la empresa en que las personas no eran sino tornillos de una máquina, gente sin importancia; y el único valor por sobre todos era el dinero, ganar dinero a como diera lugar.

El mundo giraba en torno a tener cosas, acumular cosas para identificarse con ellas y

sentirse más importante. Es decir, en su caso, una bomba que se genera soterradamente con el tiempo, hasta que explota.

Siempre se preguntó porqué eligió este oficio y no otro. Hubiese podido ser músico, cantante de rock; (aunque tiene oído de tarro). O actor, ¿por qué no? Uno de aquellos que se convierten en otro mientras actúan. Podría ser cualquier cosa.

Puede, también, simplemente haber nacido escritor, llevarlo en los genes. Y tener esto que ver con algo de sus vidas anteriores; por lo que al venir a este mundo ya venía formateado, configurado.

Si hubiese podido elegir no habría escogido, jamás, ser un escritor. Habría pasado de largo como quien orilla un río y hecho cualquier otra cosa.

Por ejemplo podría haber ejercido su profesión de ingeniero y ahora estar viviendo de un buen sueldo, o ser un empresario exitoso disfrutando de una gran vida. Ese hubiese sido un camino mucho más fácil que dedicarse a tratar con personajes que no existen e incluso a veces se resisten a ser imaginados.

¡Que locura le ha tocado!

Todas estas son cosas que uno hace sin darse cuenta, que lo escogen a uno. Así que, al final, uno termina llevando una cruz de cualquier forma, aunque no quiera.

Es difícil saber de qué se trata este asunto en profundidad. ¿Por qué un hombre, o una mujer, cae en el vicio de escribir? ¿Qué tiene el oficio que atrae, como la luz a la polilla?

Tal vez algunos colegas lo tengan más claro. El por lo menos no está seguro de nada. Se ha prometido un cambio y ha salido a encontrarlo, no puede olvidarlo.

Caminando ya casi llega a Plaza Italia y tiene hambre; aunque no tiene un centavo.

En aquellos días, sorpresivamente, tal vez reconociendo que el asunto no tenía salida y era hora de negociar para evitar un quiebre, Marcela pareció comprender que él estuviera harto de la misma rutina y lo dejó abandonar el trabajo sin poner el grito en el cielo. Claro que le exigió un cambio de género.

Desde hoy escribe cuentos, novelas, le dijo. Escribiendo poemas nunca ganarás algo decente para vivir. Así al menos tendrás una oportunidad y mi apoyo. Si las cosas se dan como se están dando hay que intentarlo, ya está decidido, nos la vamos a jugar.

El se sujetó de esto con todas sus fuerzas, era como un verdadero salvavidas, y pareció

revivir. Tenía frente a él un nuevo comienzo; el futuro por delante. No más represión. Un cambio de switsh perfecto.

Marcela se ofreció, con su trabajo, a ser el sostén financiero de la familia, al menos por un tiempo.

Desde ese primer día se lanzó a buscar una historia, cualquiera. Es lo único que le interesa, llenar páginas y páginas con vida. El tema no importa en lo más mínimo, lo mismo da escribir sobre una casa de putas que sobre un ángel recibiendo a los santos en el cielo. La cosa es escribir una historia verosímil y ponerle título, bautizarla, para sentir que trabaja y no pierde su tiempo, ni cometió un error abandonándolo todo, dejándose llevar por su vocación de escribir pequeños signos sobre una hoja de papel.

A veces escribe de nuevo poemas, aunque no siente ya el mismo interés y los escribe para, después, dejarlos de lado.

Una historia se revela a sí misma, se des-

vela. Va apareciendo poco a poco de la nada. Los personajes, si quieren, vienen y se quedan, la crean; sin ellos no hay historia posible y él, comprendiendo esto desde un principio, supo que tenía que descubrir como atraerlos, conquistarlos, trabajar con ellos codo a codo, mano a mano.

No es cosa de llegar y escribir una historia, primero se tiene que pactar con el universo, entrar en una especie de concordancia con el todo; luego con los personajes, compartir con ellos el resplandor de sus misterios; dominar las palabras, inventar un mundo y, finalmente, plasmar la vida de aquellos protagonistas que accedieron a contar sus cosas al oído.

Ahora, como no tiene un centavo decide regresar por la acera del frente de la que ha venido. El estómago hace ruidos extraños y en su departamento le espera algo de comida, un pedazo de lasaña hecha por Marcela.

Apenas inicia el regreso su mente se pone de nuevo en movimiento. Esto de tener hambre buscando un plato de comida empieza a parecerle un buen tema. Un hombre buscando un plato de comida; una mujer hambrienta que hace cualquier cosa por un plato de comida.

Se dice que tal vez lo tome en cuenta y desarrolle. El dolor de tripas que siente en el vientre puede servirle de inspiración, pues se basa en una experiencia verdadera, personal.

Camina, sigue buscando la historia que no llega.

A pesar de haberse comprometido a un cambio, en forma automática, completamente mecánica, el deseo de escribir aflora en su mente como si fuera un mandato divino.

No se ha encontrado con nadie en su camino; no ha sucedido nada; por mucho caminar y darle oportunidades al milagro para que ocurra, éste no llega.

Volverá a su departamento con las manos vacías.

En un principio, recuerda, los personajes se peleaban unos con otros por existir y durante un buen tiempo escribió muchas historias, buenas, malas, más o menos. Decenas.

Marcela aprobó este fructuoso impulso literario y él siguió haciéndolo contento, entregado, absorbido ahora por un montón de solicitudes de personajes en pugna por llamar su atención y ver la vida.

Me convertí en una especie de médium por donde llegaron al mundo personajes de todo tipo. Escribiendo caía en trance y revelaba las historias con asombrosa facilidad. Sufría de una imaginación desbordante. Era un flujo continuo

de voces y situaciones que, si no los hubiese escrito, me hubiera vuelto loco.

De ese modo logré escribir muchas historias que alguien o algo me dictaba a medida que el tiempo transcurría. Historias de la vida real convertidas por la imaginación en otras historias, algunas de situaciones increíbles, entretenidas, llenas de vida. Un sinnúmero de relatos escritos por una mano invisible que se valía de la mía para llevar adelante sus propósitos.

Fue un período fértil en que viví entre la ansiedad y el gozo, haciendo lo que quería, colmado de gracia, escribiendo a cada rato, en cualquier parte, llevado por una fuerza incontrolable.

Creo que nunca fui tan feliz, viendo como esos mundos que se creaban de la nada crecían hasta consolidarse y madurar. De algún modo ellos eran el espejo de lo que le ocurre a muchos.

¿Qué otra cosa podía pedir? Hay que ser feliz mientras es posible, disfrutar cuando se puede. Yo quería escribir historias y eso es lo que estaba haciendo.

Fue un buen tiempo, productivo, que duró seis meses.

Al séptimo mes los mismos personajes comenzaron a arrebatarme y consumirme, a hablar por mí más de lo que es conveniente, me hicieron

su víctima y ya no hablaba yo, sino el mendigo aquel que pedía limosnas en la esquina de una ciudad desconocida; la mujer aquella que lloraba al amante asesinado por su ex marido; el ángel caído en un partido de fútbol en medio de una población miserable; el playboy que enamoraba a mujeres de dinero, faltas de cariño.

Nunca imaginé sufrir de sobredosis, de verme sobrepasado hasta perder la vida propia, pasar las horas como un actor que no abandona nunca a su personaje; y lo que es peor: pasa de uno a otro adoptando mil formas diferentes, olvidándose totalmente de sí mismo, convirtiéndose en nadie.

Su mujer no tardó en resentir ese comportamiento un poco desquiciado. Ya no era el mismo. Vivía en mundos de mentira, inventados, demasiado ficticios, que le robaban terreno a la realidad. Se convirtió por efecto del ejercicio de ficcionar en una especie de antena receptora con la que antepuso todos esos mundos de fantasía al mundo verdadero.

En este período comenzaron realmente los problemas. Con esfuerzo y ayuda publicó su primer libro, un libro que tuvo muy poca venta y ninguna crítica. Y cuando después de ello intentó continuar escribiendo historias empujado por el

torrente de imágenes y voces que aún rondaban su cabeza, no pudo.

No consiguió volver a escribir una trama, hilar una historia, a pesar de los gritos desaforados de aquellos personajes que, ahora impotentes, seguían luchando en su interior por ver la luz.

Dos o tres cuadras más allá no pudo evitar el sentirse derrotado. De un tiempo a esta parte nada le sale bien. A veces piensa que puede ser una maldición; un trabajo como suelen llamarle los brujos. También ha pensado que lleva en la frente la marca de Caín.

¿Tiene acaso un castigo trastocar lo real y mezclarlo con fantasía, para infundirle nueva vida? ¿Es un pecado jugar a ser un pequeño dios, creando mundos de mentira? Porque si ese es el caso no le queda sino declararse culpable.

Lo que más desespera es que no existe una explicación convincente. Las cosas parecen ocurrir porque sí.

Al regresar a su departamento se encon-

trará con lo mismo, abrirá la puerta y ahí estarán el mismo sofá, los mismos cuadros, las mismas alfombras, los mismos libros, el mismo vacío del que infructuosamente trata de escapar.

Se ha repetido una y mil veces que desea otra vida, pero es evidente que no está cerca de conseguirlo.

Le gustaría que Marcela lo estuviera esperando para volver a llorar en su hombro y relajarse entre sus piernas.

Con el tiempo la relación marital llegó a ser insoportable. Marcela no sabía con quien hablaba, si con el personaje de una historia cualquiera, que había muchas, o con su marido. Santiago por su parte respondía con frases entrecortadas, con las que no decía nada, cambiando continuamente de genio y de caras. No era fácil.

El continuaba armando y desarmando mundos creados con sus palabras, sin darse cuenta en realidad de lo que verdaderamente acontecía: que su mujer y su hija ya no sabían cómo tratarlo y estaban inquietas, preocupadas, aburridas de tanto desconcierto y falta de compostura. Así que le llamaron la atención. Perder el trabajo pasaba, dijeron, pero no iba ahora a perder la cordura.

En algún momento la situación hizo crisis y Santiago tuvo que desalojar el nido familiar para partir con todas sus criaturas a vivir en un departamento arrendado en calle Vicuña Mackenna con Marín, donde ellas esperaban sanaría de aquellos fantasmas que lo perseguían y renovarían sus ideas. El cambio, hay que decirlo, fue doloroso.

El departamento arrendado a una prima, en un monto razonable y caritativo, es frío y oscuro, en un tercer piso sin ascensor.

¡Cómo deben haberle dolido esas primeras noches solitarias, acompañado sólo por las voces de sus protagonistas, esos nombres sin cuerpos, un séquito de fantasmas que no lo abandonan nunca, sea donde sea que vaya!

En esta etapa de la historia Santiago se estremece y apura el paso. Recuerda que, precisamente desde entonces, no puede escribir. O sea escribir si puede, pero no logra hilar ninguna trama que valga la pena.

Se ha quedado solo con sus personajes en un limbo infestado de intentos y fracasos. Lleva una existencia seca, difícil, estéril, que no le satisface para nada. Tiene la censación de pasar por un desierto interminable.

Todo aquello no termina de golpearlo; a pesar de sus esfuerzos por que no ocurra.

Quisiera pujar y dar a luz, pero de un tiempo a esta parte las cosas empeoran.

Si éste es el fragmento de la historia que

le toca quiere despertar de una vez y dejar de ser el personaje que es.

Por fin vuelve a casa y está ahora subiendo de dos en dos los peldaños de su escalera.

CAPITULO 2

Seguramente no me creerán si les digo que este nuevo capítulo de la historia, donde la trama principal es la de un escritor que no puede escribir, la estoy escribiendo yo que soy el protagonista, el personaje.

Me he tomado estas páginas y lo he hecho por una buena razón: para desahogarme y explicar mi personal punto de vista, el que muy pocas veces se considera o simplemente se ignora.

Por eso que me perdone el lector las palabras que siguen, pero no puedo quedarme callado, alguien tiene que hablar, tiene que poner las cosas en orden. No se debe permitir que el equívoco siga. Es necesario que este asunto se aclare, sin retórica, sin eufemismos, sobre todo si se quiere que esta historia continúe.

Para esto debo empezar por afirmar, sin vacilar, el carácter ontológico e irrevocable de mi realidad personal que, aunque siendo un personaje de ficción, sí poseo una innegable realidad, tan real y verdadera como cualquiera.

Tengo una vida que vivo como una criatura del Universo que nos contiene a todos. No veo por qué algunos insisten en restarle realidad a mi existencia, basados únicamente en que soy un personaje de ficción, como si la ficción no tuviese también su parcela de realidad.

La pregunta entonces es: ¿Qué es la realidad?

¿Es la realidad del autor más realidad que la mía?

Que se pregunte observando su propia existencia si acaso no es él también el personaje de una historia en la que sufre, canta, crece, muere, tiene fracasos y éxitos, piensa, odia e imagina.

¿No tiene como yo un creador que le ha dado la vida y que tiene en sus manos los hilos de su existencia, la trama de sus días?

Si yo soy el producto de la imaginación de uno es altamente probable que él sea el fruto de la imaginación de otro. Ambos somos criaturas destinadas al olvido, compartimos el sueño de estar vivos e ignoramos nuestro futuro.

Y si la realidad viniese a ser lo que permanece y no cambia, según dicen algunos, como los

dos estamos transitando hacia la muerte no veo en qué su realidad podría ser distinta de la mía.

Nuestras existencias, ambas, son una ilusión. La suya mientras me escribe y la mía mientras soy leído.

En este punto nos damos las manos, coincidimos, en una especie de universos paralelos donde cada uno imagina estar vivo a su manera.

Tenemos destinos parecidos. Esto debe quedar bien claro antes de empezar o continuar cualquier cosa, que el lector no lo dude.

Vivo una vida como él vive la suya. No tenemos diferencias sustantivas.

CAPITULO 3

Santiago, quien ha vuelto al departamento y saciado su apetito, mira ahora por la ventana hacia la calle Marín en donde están instalados, uno al lado de otro, una gran cantidad de hoteles parejeros abiertos las 24 horas del día. Desde allí ve entrar las parejas apuradas, tratando de pasar desapercibidas, a pagar por una pieza y una cama que les permita revolcarse en secreto un par de horas. También las ve retirarse como si nada, rápido, sin mirar a nadie, subir a los autos o hacer parar un taxi, decir adiós y separarse después de haberse amado.

Piensa que cualquiera de esas personas podría ser un excelente personaje para una historia rosa. Pero él no escribe ese tipo de historias que no son más que paja molida; una mezcla de

erotismo y banalidades, intrigas e incensateces para lectores mal educados.

No sabe lo que quiere, pero si sabe lo que no quiere, y no quiere, por ningún motivo, convertirse en un escritor de leseras romanticonas, sentimentaloides, cebolleras. Siempre ha tenido la ambición de crear algo de mejor gusto, recuerda, y cierra la ventana y las cortinas como si con eso cerrara la posibilidad de caer en tentaciones como aquellas.

Alguien golpea la puerta. Es el vecino que viene a pedir una taza de azúcar prestada. Santiago lo invita a entrar y pone agua a hervir en la tetera, para un café. Le hará bien compartir. Hace tiempo que no habla con algún vecino.

Sabe poco de su vecino, de sus vecinos en general. A veces se los topa en la escalera, pero sólo comparte un saludo y continúa. No sabe si son arquitectos, dependientes de farmacia, bailarines, estudiantes o escritores, poetas que viven como él, encerrados en su mundo, alejados de sus semejantes, sin meterse con nadie.

Carlos es psicólogo y está cesante hace varios meses. Vive en el departamento de al lado que tiene un balcón hacia Vicuña Mackenna. Habla sin parar mientras se toma el café que le ofreció Santiago, y fuma.

Cuenta que estuvo casado con una terapeuta alternativa, pero que ésta le puso los cuernos y lo dejó cuando recién llevaba dos meses de

cesantía, la que relata es una enfermedad contagiosa de la cual todos arrancan. Ya no le quedan tampoco amigos.

No se lo doy a nadie, dice, y Santiago no puede hacer otra cosa que mirarlo con pena. Ahí tiene, frente a él, un psicólogo que necesita con urgencia un psicólogo.

También sería un buen personaje, se dice, y lo escucha, lo sigue escuchando hablar de esto y lo otro, sin poner verdaderamente atención, caracterizándolo, fijándose en los detalles de su vestimenta, en su manera de mover los labios, los gestos que hace con las manos.

Carlos parece darse cuenta y se detiene, deja la taza de café sobre la mesa de centro y anuncia su partida.

Antes, vuelve a solicitarle la taza de azúcar y Santiago dice que por supuesto, mientras comienza a llenarle la taza.

Ven cuando quieras, agrega, y se despide.

Cuando Carlos se va, Santiago repara en que éste no le ha preguntado a qué se dedica. Piensa que mucho mejor, porque no sabría qué haberle dicho. Declararse escritor en su estado, en su profunda sequía, no hubiera sido correcto ni verdadero. Además que para algunos un escritor es una vaca sagrada, un ser especial, y se imaginan cosas increíbles de él sin ningún motivo. Para otros, sin embargo, el escritor es un ser un poco misterioso, bohemio, desordenado, y lo ignoran o tratan como un objeto suntuario.

Mejor, porque así ha podido evitar el tener que declarar un oficio, ponerse una etiqueta. De ese modo ha sido sólo el vecino de al lado. El bueno y fraternal vecino de la puerta de al lado quien le ha prestado una taza de azúcar.

No le dijo que era un escritor que pasa por un desierto escalofriante, con una crisis de identidad que tiene su vida patas para arriba.

Le ha simpatizado el vecino, tal vez después indague más sobre su vida, invitándole otro café, prestándole más azúcar, y lo incluya en alguna de sus historias.

Todo es posible; se siente un poco más optimista, y sale de nuevo a la calle.

Esta vez ha tomado la precaución de llevar algunas monedas para el micro, por lo que podrá ir más lejos a visitar antiguos amigos.

No es que la idea le agrade, pero si ha decidido cambiar puede que esto le ayude.

Se pone contento, porque poco a poco está escapando de su rutina, de su onerosa cotidianidad en donde se lo pasa lidiando con personajes ficticios, irreales.

CAPITULO 4

Si escribo esto que escribo, seguramente es para espantar los fantasmas que me persiguen. No tengo ninguna otra razón para hacerlo.

El material de esta historia puede que sea yo disfrazado. Me doy cuenta. Es decir, soy un personaje que es autor de sí mismo, o un autor que también es el personaje.

Quizás qué hilos se cruzan para que yo escriba esta historia; el dolor de cabeza de su personaje principal. Una historia de la cual no se sabe si terminará, como otras, en el tarro de la basura o en el cajón de una cómoda; pero que aún así clama por ser escrita.

Ni siquiera se sabe si tendrá otro lector que yo mismo, o si el eventual lector, o lectora,

entenderá siquiera someramente algo de lo que en ella está escrito.

Las palabras suelen hacerme malas jugadas, envuelto en ellas desaparezco del mundo para convertirme en otro, en otros.

Supongo que esto es una forma de escape que la humanidad practica hace miles de años. Pienso en Edipo y sus tragedias, en Cervantes, en Shakespeare, Saramago, Donoso. A todo ellos los veo inventando mundos paralelos, queriendo convertirlos en el reflejo de una vida indescifrable.

No entiendo de literatura, no soy un académico. Para mí la escritura es un espejo donde el que escribe se mira. Yo quiero mirarme, escribirme, leerme siendo el autor y el personaje, por eso intento escribir esta historia.

No puedo decir nada que no sea yo mismo, que no venga conmigo. Por eso este ejercicio sana.

La historia es un pretexto; el personaje es un instrumento. Yo soy el que no sabe si está dormido o despierto y busca descifrarlo.

CAPITULO 5

Hay todo tipo de historias, historias que entretienen e historias que aburren; historias secretas, historias falsas e historias verídicas, historias cortas e historias largas, historias de adultos e historias de niños, historias simples e historias complicadas, historias escritas e historias habladas, historias sin fin e historias que todavía no comienzan y andan en busca de un autor.

Santiago persigue una historia, su cabeza no para de funcionar ahora que va en el micro derecho al barrio de Vitacura, donde espera visitar a unos amigos y a quien menos pensaba hacer una visita: su abuela.

Principalmente, porque su abuela ha sido, durante toda la vida, una abuela fría y distante.

Tenía que verla dos o tres veces al año, en reuniones de familia, de mala gana, por compromiso, hasta que un buen día decidió dejar de hacerlo.

En todo caso la antipatía es mutua. Jamás la llamó abuelita, no le nace, prefiere ni siquiera nombrarla.

Ella nunca aceptó que se dedicara a escribir. Por otros supo de sus comentarios irónicos y mordaces acerca de su persona; aseguró que desperdiciaba su vida en algo tan inservible como la escritura.

Desde un comienzo lo criticó y le hizo la cruz. Pero a él no le importa; ella es una más.

Al menos tiene a su favor que un día se lo dijo en la cara, con tanto desprecio que le quedó grabado.

La sangre no siempre tira, como dicen.

Madre de su madre, hace varios años que no la visita. No sabe siquiera si sigue viva.

Hace mucho que no toma un micro y viaja escuchando el ruido de los fierros rechinando. Pagó su boleto y avanzó por el pasillo. Tuvo que pedir permiso a otros pasajeros hasta que logró sentarse en un asiento de la penúltima fila. El recorrido duró unos cuarenta minutos y, por fin, ve calles conocidas. Está un poco nervioso, respira profundo y hace que el micro se detenga.

Su abuela que ya debe tener cerca de noventa años, vive hace más de veinte a la vuelta de esa esquina. Antes de tocar el timbre presiente que todo saldrá mal y decide dar un paso atrás, como si retrocediera ante un abismo. Prefiere visitar algunos amigos que viven cerca.

Miguel Inostrosa, el milín, amigo de juventud, un poco menor que él, bueno para la pelota, para la cerveza, ha vuelto a vivir con sus padres, después de sufrir un fracaso económico que lo dejó en la calle y lo perdió todo, incluida la familia.

De eso sabe algo. (Recuerda a Marcela y la echa de menos).

Su amigo lo recibe con un abrazo, contento, sorprendido de encontrarse después de tanto tiempo. Lo hace pasar, se sientan en el living y lo primero que el milín le comenta es que sabe de su libro; no lo ha leído, pero dicen que es entretenido.

Santiago es ahora el que se sorprende, se siente halagado. Esas simples palabras le han subido el ánimo.

Supongo supiste que fui estafado, le dice el milín, lo perdí todo. Es una historia complicada, triste, le dice. Tal vez tú podrías escribirla. Yo puedo darte pormenores, mostrarte documentos, y a lo mejor hasta nos hacemos ricos, concluye, riendo.

Que bueno verte, le dice ahora, el tiempo ha pasado. Supe que te has convertido en un escritor famoso.

La carcajada que lanzó Santiago debe haberse escuchado varias cuadras a la redonda.

Su amigo podría proporcionarle los datos de la historia que busca y no encuentra. Tal vez los

personajes lo utilicen como intermediario. De seguro tiene mucho que contarle.

Pero esa no sería su historia, sino una prestada, ajena, que no le pertenece.

Piensa que cuando llegue el momento, se sienta de nuevo inspirado y encuentre la suya, algo en su interior va a avisarle, la reconocerá de inmediato, con certeza, tal vez debido a la familiaridad de los personajes.

El milín le da a escoger entre un café y una cerveza.

Siempre ha preferido el café, no le gusta la cerveza, pero esta vez tiene que hacer todo de otro modo para que las cosas cambien.

Bien helada, gracias, te lo agradezco.

Lo más impactante de mi historia, dice el milín, no fue la inoperancia absoluta de la justicia; ni la mano negra que conspiró y movió los hilos para justificar lo injustificable; ni la frialdad absoluta del banco al ignorar los acontecimientos. Lo más impactante fue el cambio ocurrido con mi esposa Leticia; eso, eso rompe con todos los records, es digno de Ripley y estoy seguro que después de escuchar querrás escribirlo en alguna de tus historias.

Tú la conociste, continuó, ella era un ángel, bella, tierna, de singular corazón. Siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo necesitase, a entregarse por completo a causas humanitarias. Poseía un aura maravillosa que deslumbraba

a quien la conocía. Era increíble. Me sentía tan orgulloso por ella que llegué amarla como a nadie. Y sin embargo; de un día para otro comenzó a ser diferente, a cambiar de plumas, a dejar de preocuparse por su prójimo y empezar a tener excesivas consideraciones consigo misma. Fue un cambio total, incomprensible, inesperado, que terminó por minar los fundamentos de todo lo que hasta entonces conocíamos.

Yo pienso que puede haberse debido al choque que nos produjo el cambio de situación económica, en que pasamos de un estado acomodado y sin ningún problema de dinero, a otro pobre, miserable, lleno de impotencia, al punto de ver embargadas todas nuestras pertenencias.

Incluso, y esto es algo de lo que hasta hoy no comprendo el porqué, algunos nos quitaron el saludo, lo que pudo haber sido la gota que rebalsó su vaso y hacerla cambiar completamente de switch.

De pronto ella lo sabía todo, se volvió orgullosa, soberbia, irreconocible. El ángel se convirtió en demonio y la situación que ya era difícil, se agravó.

No conseguí soportarla en ese estado y la familia fracasó, se deshizo.

Luego de esto Santiago vio como a su amigo le resbalaban lágrimas por la mejilla.

Su primera reacción fue consolarlo, ¿pero cómo?

A su lado sus problemas parecían insignificantes, piensa. Este hombre vive su propia historia sin necesidad de escribirla, triste, trágica, y sólo Dios sabe si reversible.

¿Cómo pueden algunos personajes prestarse para tales horrores y terminar de este modo?

Hay historias atroces.

Esta no es la historia que busca, se lo repite.

Santiago intenta cambiar de tema. Le pregunta a su amigo por aquellos otros amigos del grupo, por Mauricio Bianchi, por Francisco García, por Marcos Pantoja, por Patricio Godoy; aunque en realidad eso no le importa mucho; lo ha dicho para hablar de otra cosa, lo que realmente quiere es largarse.

Abraza a su amigo, se despide, se marcha. Necesita tomar aire; ya ha sido suficiente.

No irá ver a su abuela, y de sólo pensarlo se siente aliviado. ¿Por qué, para qué hacer una cosa que no le agrada? Que le avisen cuando muera y a lo mejor esa será la última vez que la vea, al menos su cuerpo. No quiere historias con su abuela.

CAPITULO 6

Parece que en el capítulo anterior Santiago ha sentido miedo, No le gustan las historias de mujeres que cuestionan a sus maridos. Eso le recuerda un poco su propia historia.

Prefiere pensar en cualquier cosa mientras regresa a su departamento en otro micro, haciendo el mismo recorrido.

Echa de menos a Marcela y a Celeste. Quiere que todo termine de una vez.

Odia esos personajes que no vienen para ayudarlo a salvar la situación que no ha hecho sino alargarse y convertirlo en un fracasado, en casi un alma en pena. Inseguro, cuando escribir una historia no debería ser algo complicado, al menos para él que se supone es un escritor.

Al regresar a su departamento se encuentra con la sorpresa de que Marcela lo está esperando. Como siempre ella le ha dejado las cosas relucientes. El departamento parece otro.

Verla es motivo de contento y la abraza. Ella lo besa en la mejilla y dice que tiene algo que contarle. Y se lo dice muy seria, tan seria que Santiago imagina cualquier cosa.

Lo peor que podría decirle es que ha conocido a otro hombre, que la relación entre ellos se termina. En ese caso cree que se quitaría la vida, le sería insoportable.

Ni siquiera sabe por qué piensa en cosas tan negativas como esa, recapacita. Ella lo ama, se aman, la ama, y más de una vez se han jura-

do que lo harán para siempre. No entiende qué bicho le ha picado.

En seguida piensa que se ha dejado influenciar por la historia que le contó su amigo. A veces, las cosas malas se pegan.

Ella se sienta toda ceremoniosa y lo invita a sentarse a su lado.

A Santiago se le ha puesto la carne de gallina, pero se calma cuando ella le toma con cariño la mano.

Estoy embarazada, le dice.

Santiago ya sabe que sigue. Lo ve venir. No es difícil adivinarlo. Le pedirá que termine con su vida de escritor y vuelva a conseguirse un trabajo remunerado; que asuma sus responsabilidades dejando a un lado su vocación y sus sueños.

Le dirá que ella sola no puede con todo, que hasta el momento si ha podido, pero que con un hijo más no será lo mismo, que necesita su ayuda.

Esta vez será un varoncito y tendremos la pareja, le dice.

El no ha dicho nada: No sabe qué decir y decide abrazarla. Eso le dará más tiempo para reaccionar a lo que sucede.

La historia se complica.

CAPITULO 7

Escribir es un vicio, una adicción absurda. La página en blanco ha sido mi mayor suplicio. Frente a ella se desencadenan todos mis fantasmas, estrellándose unos contra otros, dejándome vacío y con un gusto amargo en la boca.

Aquel vacío me paraliza, me traga como una boca gigante que me impide escribir. Pero yo sigo, no importa cuantos fracasos me azoten, cuanta impotencia me consuma, porque para mí la escritura ha sido y es un asunto de vida o muerte.

Comprendo que esto a más de alguno puede resultarle ridículo, pero en cuanto a mí se refiere, no sé si podré dejarla algún día. Es que su llamado irresistible insiste y me tiene volvien-

do siempre a lo mismo. No importa qué suceda, no importa dónde me halle, como una amante celosa me persigue y asedia, sin dejarme tranquilo.

A veces daría todo por escapar, por convertirme en otro, (cosa curiosa y paradójica, porque eso es precisamente lo que hago con cada personaje) y recuperarme de esa urgencia que no permite otra cosa que pensar en ella, vivir para ella y sufrir cuando siento su ausencia. Ser un escritor es difícil.

Que alguien no vaya a pensar que escribo esto para sacarme el problema de encima, para rehuir lo que Marcela me pide. El hijo por venir es tan de ella como mío, y entiendo que la criatura tendrá que comer y vestirse como su hermana.

Lo cierto es que mis escritos jamás (hasta ahora) han puesto un pan sobre mi mesa.

Pero como soy vicioso, soy débil. No digo esto sólo para excusarme, lo que pasa es que sin escribir me es imposible vivir, sobre todo cuando la historia no llega.

Le diré a Marcela que de algún modo nos arreglamos. Ella me importa y mis hijos también. Es cosa de tiempo, el tiempo que tome terminar esta historia.

CAPÍTULO 8

De todos modos siento como si me hubieran puesto frente a un pelotón de fusilamiento. Es triste pensar que tu propio hijo tiene el poder de cortarte las alas aún antes de haber nacido.

Finalmente, parece que los requerimientos materiales de la vida me terminarán obligando a negarme a mí mismo y a comenzar a gastar mi vida en ganarla. Estos requerimientos, que afectan a casi todo el mundo, después de todo, no tienen porque evitarme, eximirme, dejar que continúe con mis sueños como si fuera alguien especial. Además, muy pronto, si tienen éxito, ellos serán mi verdugo; el mío y el de todos los personajes que podrían haber existido por mi escritura, y no lo harán.

Estoy entre la espada y la pared. Mientras

escribo esta historia, lo poco que llevo de ella, amenaza con destruirse, caer bajo los embates de necesidades mucho más urgentes y menos vitales.

Aunque quisiera evitar este desenlace, tengo que dar una respuesta, no puedo huir, ¿a dónde huiría?

Historia difícil, al tejerse a sí misma se muerde ahora la cola, vuelve al principio, casi a la nada.

Y entonces, aquí tendría yo que dirigir algunas palabras al creador de esta esquivada y siempre incompleta historia, a la especie de pequeño dios omnipotente que de manera majadera e incomprensible sigue dándole vueltas a la misma manivela; creando un círculo vicioso y perverso; dejando a su personaje, sin contemplación de ningún tipo, a merced del libre albedrío, o lo que es igual, a las fuerzas irresistibles de las circunstancias y el destino.

Que sepa que cumpliré con mi deber, seré un personaje que irá hasta el final sin importar lo que suceda. No escaparé a sus designios. No puedo.

Escribiré si hay que escribir o dejaré de hacerlo si es necesario.

Finalmente, Santiago ha vuelto con su mujer y su hija, entregado el departamento y prometido un cambio sustancial a su mujer. ¿Podrá cumplirlo?

Marcela sabe que es complicado, que tienen por delante un futuro incierto, difícil. Lo único que ruega es que su marido pueda resistir. Conoce de sobra sus dificultades, sus fantasmas, y hará todo por ayudarlo a sobrellevarlos. Sabe también que aunque hasta ahora no ha hablado, ella es uno de los personajes principales de esta historia y que debe hablar, dejar su testimonio.

Primero quiere dejar bien claro que ella conoce más de historias verdaderas que ficticias;

que ella no es escritora aunque sí la mujer de un escritor. Pero eso no la faculta para tener las mismas fantasías ni las mismas urgencias.

Lo ha soportado todo, ha sido la mujer fiel y comprensiva que ha sabido llevar bien la situación. De seguro no hay recriminaciones contra ella. Incluso ha llegado a rogar a Dios porque aquellos personajes que rehuyen a su marido aparezcan y se queden.

Cree tener los pies bien puestos en la tierra, como cualquier mujer madura.

No sabe de historias, eso ya lo ha dicho, pero cada día, cada minuto, vive la suya. Ella no es una fantasía, es un ser humano.

En realidad no está segura de poder aportar algo que no sea agregar más humo a esta neblina.

Está embarazada de un segundo hijo, y eso es para ella la más real de las historias. Lo demás le importaría poco sino fuera porque conoce las debilidades de su marido, sus necesidades, y en esta historia están juntos, atados por la misma escritura.

Tiene fe en que las cosas se compongan, esa es su mayor fuerza y está dispuesta a continuar siendo el mismo personaje si su marido lo requiere.

En todo caso tiene bien claro que, aquí como allá, puede suceder cualquier cosa, lo más inesperado, lo menos pensado.

EPÍLOGO

Yo sé que esta parte, la última, es la más difícil, sobre todo porque insisto en el artificio de escribir sin dejar claro quien escribe; si el personaje o el autor.

En todo caso nadie me obliga, hago esto por mi propia voluntad, intentando seguir la línea del relato sin confundirme ni confundir al lector.

Quien haya llegado hasta aquí sabe que ahora me encuentro en plena fase de transición: busco trabajo. Y una cosa es buscar y otra encontrarlo.

Como están las cosas en este país, el país más austral del planeta, pueden pasar varias semanas, hasta meses.

Marcela lo sabe y comprende, no me critica, no me culpa, me alienta a seguir adelante.

Los personajes de la historia continúan sin presentarse, pero ya no me importa. El único personaje que necesito ahora es el de un empleador que me quiera contratar. Uno gordo o flaco, chileno o alemán, cristiano o judío, da igual. Alguno que vea en mí un prospecto interesante, un futuro colaborador de su proyecto empresarial.

Por el momento creo que eso me haría feliz; que se me abran las puertas para volver a recomenzar. Volver a tener un sueldo a fin de mes, renunciar a mí mismo.

Sé perfectamente con lo que me voy a enfrentar, lo conozco. Me enfrentaré una vez más a la bestia y tendré que cambiar de actitud, convertirme en el Santiago competitivo, pragmático, convincente, ganador; un hombre, o una caricatura de hombre, luchando por mantener un saldo positivo en el banco.

De nuevo a gastar mi vida en ganarla.

Después, no sé, tal vez las historias vuelvan a acosarme, a golpear mi puerta sin dejarme dormir.

Justo cuando ya me sienta seguro, acostumbrado y estable haciendo lo que haga, llegará un personaje y me gritará a viva voz:

-¡Hey tú, recuerda, abre los ojos, esto no es lo tuyo, tu gran pasión es la escritura. No seas imbécil, no sigas perdiendo tu tiempo!

Entonces, a lo mejor, la rueda de mi vida gire nuevamente.

FIN

